

VIDA LITÚRGICA Y VIDA DE COMUNIDAD³

I. Amor y alabanza

Interrogarse sobre la relación entre estas dos dimensiones de la vida monástica: liturgia y vida fraterna, es en realidad plantear la cuestión de la relación radical entre amor y alabanza, entre gracia y acción de gracias, y volver a descubrir su unidad esencial en el hecho de ser uno solo el amor a Dios y el amor al prójimo y, juntos, constituir el fruto en nosotros del amor gratuito que Dios nos tiene.

“Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve...”.
“... Quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn 4,20-21).

Por lo tanto, la liturgia, que es una expresión eminente del amor a Dios, no tiene verdad y autenticidad sino en relación estrecha con esta otra forma y esta otra prueba de nuestro amor a Dios: amor a nuestros hermanos. Y éste, para no convertirse en una palabra sin sentido, consiste en una constante atención nuestra para con la persona de nuestro prójimo.

Idénticas observaciones se imponen si consideramos la liturgia -Oficio, oración en común gravitando en derredor del culto eucarístico- como un sacrificio. “Yo quiero amor, no sacrificio”, proclamaba Oseas (6,6) de parte de Dios. Esta palabra se repite dos veces en S. Mateo, en boca de Jesús (9,13; 12,7). De hecho, ¿se trata de elegir entre estas dos realidades? No, ya que el sacrificio de Cristo es la suma manifestación de su misericordia. La raíz, tanto de la liturgia cuanto de la vida común, y asimismo la razón de ser de su absoluta unidad -como dos formas de una misma realidad- es ésta: un único don de sí, un renunciamiento y una muerte, para resucitar a nueva vida, anticipadora del Reino, una comunión en la que Dios comienza ya a ser todo en todos.

A lo que la misericordia se opone, en cambio, es a la forma institucional del sacrificio si ésta, inmovilizada en un marco vacío, se convirtiese en mero formalismo. Por cierto toda liturgia y toda vida fraterna común ha menester una forma institucional, regla, rúbricas, horario, disciplina. Mas la clave consiste en saber si la institución es servidora y receptáculo de la misericordia: la que recibimos de Dios o la que -la misma- nos tributamos entre hermanos, la clave consiste en que la disciplina espiritual sea sin cesar promovida por el amor de Dios y del prójimo. A esta condición, aunque ciertos días pueda parecer pesada, no es que se haya vuelto una ley abrumadora, un formalismo, una costumbre hueca. No se puede vivir sin regla, sin oficios fijos, pero no se vive con una regla sin riesgo de que ésta se torne finalidad en sí misma.

“Ofrece a Dios sacrificio de acción de gracias, cumple tus votos al Altísimo” (Sal 49,14).

Aquí, el paralelismo entre sacrificio de acción de gracias y votos, que es corriente en el Antiguo Testamento, nos invita a comprender los votos monásticos, más allá del estatuto jurídico que se les haya podido atribuir, como una manera concreta de entregarse a Dios en sacrificio de acción de gracias. Es sabido, por otra parte, que tales votos comportan para quienes los pronuncian su inserción dentro de una comunidad concreta, que es el lugar en que serán vividos. Así pues los votos evocan de entrada, vida litúrgica más vida de solidaridad fraterna, no son para nosotros ofrenda a Dios sin que nos den a nuestros hermanos, ni sin darnos a la vez hermanos para

³ Publicado en la “Maison Dieu” n° 95. Traducido por: Sor María Elena Lagos, osb. Abadía de Sta. Escolástica. Argentina.

vivirlos con nosotros. Con Dios, y de parte de El, estos hermanos son testigos de nuestros votos; con Dios, al recibir nuestros votos, tienen ellos la audacia de aceptarlos y de este modo comprometerse con nosotros para siempre. Es por esta razón que el salmo, unos pocos versículos más adelante, precisa que la acción de gracias que da gloria a Dios sólo proviene del hombre recto, a saber, del que guarda el mandamiento del amor al prójimo y no se contenta con tomar en su boca la alianza de Dios mientras difama a su hermano, e hiere su honor, hiriendo así, al fin y al cabo, el honor de Dios.

La vida de la primitiva Iglesia de Jerusalén, sobre la cual se basan las comunidades religiosas - como también las parroquias- en todo el transcurso de la historia de la Iglesia, según el libro de los Hechos, se resume en una cuádruple perseverancia: la adhesión a la enseñanza apostólica que allí se expresa indisolublemente en la solidaridad de la comunión fraterna y en la liturgia, eucaristía y oraciones (*Hch* 2,42). La comunidad de bienes, signo de esta comunión fraterna, de este responsabilizarse unos de otros y la sencillez de corazón que es su realización espiritual, se ordenan directamente a la alabanza de Dios y a esa otra forma de la alabanza que es el testimonio dado por la comunidad entera a los ojos de los de fuera (*Hch* 2,44-47). Este testimonio, para la primitiva comunidad de Jerusalén, consistía en no tener sino un solo corazón y un alma sola (*Hch* 4,32) y de este modo ser una proclamación viva del amor de Cristo. En cuanto al oficio litúrgico de la comunidad, es en sí mismo una puesta en común de las personas y de aquello que las constituye espiritualmente, una concordancia de las voces y de los corazones, y sabemos que la oración proveniente del acuerdo de varios es particularmente preciosa a los ojos del Padre de los cielos, y tiene la seguridad de ser escuchada (*Mt* 18,19).

La salvación de la persona es inseparable de su inserción dinámica en la comunidad concreta que constituye para ella el cuerpo de Cristo. Ser salvo, es asimismo ser llamado y luego custodiado y sellado en la unidad. Es por esto que el salmo 105 nos hace rezar: “Sálvanos, Señor, Dios nuestro reúnenos de entre las naciones” (v. 47). Pero la salvación y la congregación no son una finalidad en sí mismos; apuntan a convertir al hombre en un ser litúrgico con sus hermanos, un ser que retribuye a Dios su gracia en la acción de gracias. Y es a esta condición que el hombre puede regocijarse. De hecho, prosigue el salmo diciendo: “... Para dar gracias a tu nombre santo, y gloriarnos en tu alabanza”. La salvación, y equivalentemente la unidad fraterna, por ser para alabanza de Dios, son para alegría del hombre. A la inversa, la acción de gracias y el dilatado desarrollo del hombre en ella dependen estrechamente de la unidad de amor fraterno en la cual el hombre vive su salvación.

Así pues entre vida litúrgica y vida en comunidad, entre alabanza y amor, existe una relación de recíproca pertenencia. Esta relación es absolutamente esencial, pero no es automática, no cae de su propio peso, en el estado de imperfección que es el de nuestra vida cristiana en esta tierra. Antes bien esa relación exige de nosotros incansable vigilancia, atención espiritual que vaya sin cesar de una a otra de estas realidades para descubrir renovadamente sus relaciones y permitirles vivificarse recíprocamente. De hecho, la alabanza implica vida fraterna, y en esto se detendrá primero nuestra reflexión, pero también la enfervoriza, la construye y la expresa, y sobre esto reflexionaremos en segundo lugar.

II. La alabanza implica vida fraterna

Decir que la alabanza implica vida fraterna significa que, pese a su eventual perfección técnica o estética, el Oficio resonaría desafinadamente si no expresara el unísono de los corazones o al menos su deseo ardiente de estar cada vez más al unísono. Significa también que el Oficio perdería su sentido si aquel unísono no fuese o tendiese a ser el sello de todos los actos y de todos los momentos que componen la vida de la comunidad.

A este respecto recalquemos que el asunto de las horas de los Oficios durante el día es importante: parece ser que estas horas deben corresponder a un ritmo natural del vivir cotidiano

de los hombres de tal comunidad determinada, para que a su vez los Oficios resulten vividos como los ejes de la jornada y como los tiempos fuertes que marcan su ritmo. Por el contrario, si la forma en que están repartidos los Oficios se resintiese por artificial y molesta, será difícil que la oración común no parezca yuxtaponerse al resto de la vida, como un ejercicio.

Objetividad y subjetividad

La renovación litúrgica de nuestro tiempo con las eventuales revisiones que exige, nos recuerda si fuese necesario, que la liturgia no es una realidad estática, fija de una vez por todas. Por cierto, no es deseable que esté perpetuamente en cuestión: los períodos de reformas y de búsquedas alternan con períodos de mayor estabilidad. Pero de todos modos nos parece que la liturgia sigue siendo siempre -y así debe ser, so pena de esclerosis- una creación en común, una acción concertada de la comunidad, y por lo tanto una vida que evoluciona, no quizá siempre en su expresión verbal, pero sí al, menos en la manera en que tal comunidad concreta la asume, interior y exteriormente.

Es la objetividad una de las grandes características del *Opus Dei*, mas no ha de significar una acción despersonalizada. Este Opus Dei no ha de objetivarse al punto de ser convertido en un “en-simismo” más o menos independiente de las disposiciones interiores de quienes lo celebran. Asimismo sería erróneo comprender este término de *opus* en el sentido demasiado marcado de un deber que cumplir, un cargo que llenar, cuando no de un peso o trabajo soportados como una penitencia.

El Oficio sí es objetivo por ser alabanza gratuita a Dios, y por ser oración de Iglesia que supera a tal comunidad local en el tiempo y en el espacio, implicando en ésta y más aún en quienes la componen, obediencia, desasimiento y renunciamiento, a fin de entrar dentro de una acción que pre-existe a ellas. Sin embargo, por el hecho de que “la gloria de Dios es el hombre vivo”, según la hermosa expresión de S. Ireneo, la objetividad de una obra para Dios no excluye toda subjetividad (no decimos subjetivismo), y la obediencia que implica no es pasividad. Es esencial que el Oficio exprese a tal determinado hombre y a tal determinada comunidad, aunque superándolos, es esencial que, aunque trascendiendo los límites de tiempos y lugares, no se vuelva extraño al tiempo y al lugar que configuran forzosamente a dicho hombre y a dicha comunidad.

Empero en estas materias el verdadero equilibrio es muy delicado: cuando muchos recién salen de una liturgia casi despersonalizada por excesivamente objetiva, el ambiente intelectual y espiritual de nuestro tiempo nos pone en peligro de precipitarnos hacia el otro extremo. Se percibe hoy una fuerte tendencia a querer medir la oración al hombre, reduciendo la expresión de dicha oración a lo que de inmediato éste puede asumir, deseando modificar o suprimir toda expresión en la cual él no llegue a reconocerse de entrada. Esto encierra una preocupación de autenticidad, de sinceridad, pero también un gran riesgo y una tentación. Riesgo de buscarse a sí mismo, subrepticamente, desconociendo, en mayor o menor grado, la superación que la vocación cristiana exige de nosotros, la grandeza que Dios quiere para nosotros, su deseo intenso de vernos hechos conformes a la imagen de su Hijo.

Por todo esto, es también necesario guardar equilibrio respecto al deseo, frecuentemente expresado en la actualidad, de simplificación: por cierto la oración no consiste en multiplicar palabras ni ahogarse en salmos y oraciones. Y la simplificación anhela tener en cuenta los límites de nuestra atención y la preocupación que nos embarga por estar lo más presentes posible a cada palabra que oímos o pronunciamos. sin embargo, en caso límite, se podría llegar a reducir el Oficio a un solo versículo bíblico, sin que estemos aún, seguros de oírlo y proclamarlo con sincero corazón... Y cabe aquí recordar otro principio, llamado a equilibrar el de la sinceridad: el Oficio debe expresar generosidad de alabanza y oración, generosidad para con Dios. Es justo y saludable que la liturgia nos coloque dentro de una riqueza de temas que

nos supera, y sobre todo que nos haga decir cosas que no hubiesen subido naturalmente a nuestros labios ni antes a nuestro corazón.

Permanecer ante Dios, apoyados en una sola palabra que estrechamos dentro del corazón es papel de la oración íntima, no de la liturgia común. Puntualicemos pues aquí otra ley de equilibrio: no se puede esperar de la liturgia que sea toda nuestra oración, muy al contrario, la oración íntima, la meditación solitaria y perseverante son condición para que la liturgia pueda ser generosa y hasta un tanto prolija, sin que por ello nuestra participación se vuelva más pasiva y pierda su sinceridad.

Una creación en común y continua

Tal acuerdo entre objetividad y subjetividad en el Oficio, siempre amenazado y siempre perfectible, parecería depender directamente del modo con el cual una comunidad realiza el equilibrio vivo de su unidad y de las legítimas diversidades de sus miembros. Si se puede decir del Oficio que es una creación en común es porque en primer lugar esto puede afirmarse de la comunidad misma. En cada hombre existe una necesidad de crear, y en la vida monástica el primer objeto de una necesidad creadora no puede ser sino la vida común, cuya armonía reclama no pasividad de quien soporta sino dinamismo equilibrado entre iniciativa y consentimiento voluntario de cada cual.

Tratándose de vida de comunidad, hablar de creación no significa entender que ésta sea un fin en sí misma sino decir que reclama el esfuerzo, el don de sí, y hasta el sacrificio que abraza de buena gana el hombre cuando se siente comprometido en un trabajo creador, cuando se interesa en él y cobra afición por lo que realiza. La comunidad no es simplemente un marco de vida, más o menos independiente de quienes la componen. Es algo en vías de elaboración que va tejiéndose y modelándose como un trabajo de interés muy particular, en cuyo seno el hombre encuentra su desarrollo dejándose a sí mismo y abriéndose a los demás. Contar unos con otros para todo, consolidar pacientemente una unidad que no ha de ser reducción al mínimo denominador sino plenitud de los dones de cada cual y comunión de las personas en sus diversidades, aceptar con el realismo de la fe y de la esperanza los límites de unos y otros, y discernir la gracia indispensable que constituye la función de la autoridad para la comunidad: ¿no es esto creación en común, construcción nunca acabada donde se expresa el dinamismo del amor fraterno a la cual concurren las fuerzas vivas de cada hermano?

Oficio y hospitalidad

Es menester añadir que una comunidad no se construye como una fortaleza, cerrada sobre sí misma. Sin buscarlo demasiado precisamente, debe ser para los de fuera un signo, una parábola de vida fraterna, una palabra de gracia. Ello implica hospitalidad bajo toda clase de formas, y al mismo tiempo diálogo con los del exterior dentro del cual la comunidad acepta ser cuestionada, no sin duda en aquello que le constituye esencialmente, pero sí en su manera de vivirlo. Por otra parte, entre la vida monástica y la vida de los cristianos comprometidos en el matrimonio en la vida secular existe profunda complementariedad, hoy día se la discierne quizá mejor y se trata de hallarlo expresiones apropiadas.

Todo esto nos persuade más aún del hecho que la comunidad es una creación viva en la cual los de fuera también tienen algo que aportar. Conjuntamente aparecen nuevas exigencias en cuanto a la expresión litúrgica. Exigencias complejas, relación particularmente delicada por realizar entre la objetividad y la subjetividad en el seno de la oración del Oficio. De hecho, sin dejar de expresar la vocación particular de la comunidad monástica, ¿el Oficio no deberá acaso mostrarse también hospitalario y acogedor con los que no son monjes, de manera de expresar también su oración y más aun de estimularlos a participar de él? Prácticamente, el problema no

tiene solución simple. Pero ¿podemos negar que se le plantea, de uno u otro modo, a toda comunidad?

Antes que técnico, el problema es teológico: ¿puede aun definirse la vocación cenobítica, en su parte específica, por oposición al estado de vida del laico casado? O por el contrario, si el laicado y el matrimonio constituyen también vocación evangélica ¿no será necesario reconocer que la especificidad de estas vocaciones no puede definirse sino dentro de una reciprocidad poniendo cada cual de relieve, de modo significativo, acentos diversos del Evangelio? Dicho en otra forma, no hemos de vivir el apartamiento monástico ni como un orgullo ni como una añoranza, como avergonzados, a una condición: que este apartamiento resulte para los demás un signo -y por lo tanto signo descifrable- pero signo que se sabe incompleto y necesitado de verse completado por el signo del laicado y del matrimonio.

En el plano litúrgico, esto implica que el Oficio y al convertirse en oración de toda la asamblea, continúa siendo la oración de la comunidad. Esto no es cosa de buena voluntad: proviene de la verdad de las cosas. En efecto, el Oficio, al expresar legítimamente a la comunidad tal, y el acento propio de su vocación, quiere ser oración de la Iglesia, es decir, según las características propuestas por Dom. G. Lafont, celebración del misterio de Cristo en su desenvolvimiento temporal, y ello con las palabras mismas de las Escrituras. Oración de la iglesia., como consecuencia, aun si de hecho el Oficio es ante todo una oración propia de tal comunidad, a la cual se suman algunos huéspedes, más fundamentalmente es ejercicio del sacerdocio de Cristo y de la Iglesia, sacerdocio del que el bautismo nos hace partícipes⁴. Por tratarse de bautizados los huéspedes de la comunidad no son simples invitados a su liturgia, si esa liturgia es oración de la Iglesia, ellos son partícipes en pleno, diríamos, si nos atreviésemos, que lo son por derecho divino.

La realización práctica de esta exigencia depende en parte de la relación numérica entre comunidad y huéspedes. En ciertos casos los laicos podrían ser invitados a intervenir muy directamente en la acción mediante alguna lectura, oración, mención de intenciones de oración, etc. De todos modos, no se puede exigir que cualquier persona pueda, sin más, tomar parte en todas las formas del canto, pero es necesario que pueda tener fácil acceso a algunas de estas formas (antífonas, responsorios) y que sea invitado a hacerlo, lo cual implica que no se deje a los huéspedes arrinconados ni condenados a permanecer pasivos.

Superación de las oposiciones

Por ser el Oficio a tal punto una dimensión capital de la vida común, sucede que la creación en común que constituye es a menudo la que más pone a prueba la armonía de la comunidad y la acción común que ella misma representa. Y es que el Oficio, por la forma en que es celebrado por tal comunidad, quieras que no revela cabalmente a ésta en la pujanza de su vivir, pero también en aquello otro que está y estará siempre inconcluso.

Esto es verdad de todas maneras, pero muy particularmente en épocas de *aggiornamento* litúrgico. Es entonces -ya que pocas cosas hay que afecten al corazón mismo de la comunidad tanto como el Oficio- sí, es entonces que el unísono espiritual de la liturgia aparece más directamente dependiente de una victoria de la comunidad sobre las oposiciones que pudieran manifestarse en su seno. Y esta victoria, esta superación, sólo pueden esperarse del dinamismo espiritual de la comunidad y del grado de profundidad en que vive su función litúrgica, su vocación de velar en la oración.

⁴ Cf. G. LAFONT, "Liturgie et ministères dans les communautés baptismales", dans *Paroisse et liturgie*, 1967, n° 8, pp. 764-785.

Se trata ante todo de superar las oposiciones de carácter de aquellos para quienes el menor cambio suena a infidelidad, y de aquellos otros para los cuales cambiar es un bien en sí mismo o para quienes la puesta en cuestión constituye una especie de vértigo. Es menester, partiendo de la mutua tolerancia y mediante el diálogo, ponerse juntos a buscar, con los ojos fijos en lo esencial, evitando las impugnaciones inútiles. Esto necesita espíritu de pobreza, para adquirir el sentido de lo relativo y principalmente de lo provisional, y vivir la paciencia a modo de inteligencia del tiempo y de los plazos que reclama cualquier maduración. Todo esto implica un difícil discernimiento, que por una parte incumbe al que ejerce cargo de autoridad y por otra postula la humildad de todos. Al fin de cuentas importa que el asunto de la forma del Oficio no cobre tal importancia que llegue a la primacía, o quizás alcance a poner en peligro las disposiciones interiores de quienes celebran dicho Oficio. La alegría, el fervor, la atención espiritual que son imposibles fuera de una caridad fraterna viva, tienen importancia primordial para el Oficio: de ellos dependerán el éxito del *aggiornamento* de las formas litúrgicas y la autenticidad espiritual del Oficio, es decir, la adecuación en la liturgia, de la forma y del fondo de las palabras y del aliento con el cual la comunidad las dice o las canta.

Paz con Dios implica paz con los hermanos. La liturgia, expresión preeminente de esa paz y condicionada por ella, necesita pues que la comunidad se construya en la paz y, en particular que se comprometa apaciblemente en esa creación en común que es el Oficio. Cabe recalcar aquí qué error espiritual y cuán malo es criticar el Oficio al salir de celebrarlo. Por pobre que sea, la liturgia siempre es obra de Dios: conviene recordarlo en primer término cuando acabamos de entregarnos a ella. Asimismo conviene tenerlo presente al espíritu cuando, en el momento oportuno, intercambiamos nuestras observaciones entre hermanos. De otro modo, trastornamos el orden de los valores y comprometemos la paz del Oficio.

Estas pocas observaciones, que no pretenden en manera alguna ser exhaustivas, querrían ilustrar aquella verdad de la Revelación, esto es que la alabanza de Dios no existe sino a partir de la caridad fraterna, el Oficio, en cuanto obra viva y creación en común, pide que la comunidad que lo celebra se considere a sí misma como una creación en común en el amor. Mas sería parcial y falso no ver sino lo que la liturgia exige. Porque, en cuanto encuentro de la comunidad con Dios y paso de la comunidad a la vida trinitaria, la liturgia suscita y promueve aquello mismo que exige, a saber el unísono de los corazones, la vida fraterna. Es lo que evocaremos a continuación.

III. La alabanza construye la vida fraterna

La alabanza construye la vida fraterna porque expresa lo que constituye su misterio: la vida fraterna se recibe de Cristo por el Espíritu, la unidad no es el resultado de mutuas concesiones (o sólo muy secundariamente) sino de una inserción común en la vida misma de Dios; y la vida cristiana -monástica en particular- no tiene sentido sino en tanto que ofrenda a Dios. Esta es la razón por la cual el Oficio es el mejor signo de la comunidad monástica, el momento y el acto en que aparece mejor en lo que la constituye esencialmente.

Pues bien, por el hecho que lo que hemos de vivir entre nosotros, nosotros lo recibimos de Dios, el Oficio contribuye más que cualesquiera otras funciones de la comunidad a modelarla en Dios. La gratuidad de la alabanza resulta de la gratuidad previa de la misericordia de Dios para con cada cristiano. Por ende, para este último tanto en la historia de la salvación cuanto en su propia vida, lo que enervoriza y fundamenta su acción de gracias es la consideración de dicha misericordia. Y porque la misericordia es una en su dinamismo, la vida en la misericordia de Dios aspira insistentemente a repercutir en las relaciones fraternas por el mutuo perdón, la recíproca deferencia, la paciencia. El amor fraterno se realiza en primer lugar en una mirada de fe concentrada en los aspectos positivos del prójimo y sitúa a este último en la luz de Cristo, de una manera dinámica. mas, ¿dónde aprenderá nuestra mirada esa transfiguración sino en la contemplación de Cristo, en particular en aquella presencia a Cristo que constituye la liturgia?

El mismo verbo “benedicir” significa, refiriéndose a Dios, alabarlo y, refiriéndose al prójimo, decir bien, tener respecto a ti un prejuicio favorable. Quiere decir que aquí también la liturgia, en cuanto bendición del nombre de Dios, es asimismo escuela de bendición para con los hermanos.

En sentido análogo la liturgia permite hacer experiencia de la gratuidad, portadora de alegría. La alabanza y la comunión con Cristo suponen que nos dejemos a nosotros mismos y que, en esa medida, gustemos por adelantado el gozo cumplido que es donde esta manera pues, podemos aprender concretamente en la liturgia lo que también es cierto y esencial para la vida fraterna, a saber, que la alegría se encuentra en la gratuidad de un amor que se da sin esperar gratitud ni benevolencia, de un amor que no pretende verse retribuido con amor. En el maravillado asombro y gratitud por la liberalidad de Dios -expresados por el Oficio a su modo- se nos concede vernos estimulados a la generosidad del amor.

El lugar selecto que ocupa el Oficio en la vida de la comunidad sella a ésta en su edificación espiritual. ¿No es para ella de importancia capital verse sin cesar recogida hacia lo esencial de su vida y polarizada en Cristo, empezando por estarse visiblemente congregada en una actitud común? Por cierto, el Oficio es para Dios, gratuitamente. Pero no es menos cierto que Dios no deja a esta oración, en la medida de su propia gratuidad, sin fruto de caridad para la comunidad. ¡Cuánto se relativizan las diferencias, las dificultades, de carácter, los desacuerdos eventuales, cuando los hermanos se reúnen no para enfrentarse entre sí, sino para colocarse juntos frente a Dios! Retorno constante a lo esencial, ¿no debe el Oficio ser fuente y camino de sencillez, esa sencillez que en la vida fraterna, significa transparencia y rechazo de disimulos, maniobras o enredos por conseguir influencia?

Es notorio también que los tres votos, evidentemente de tanta importancia para la solidaridad de una comunidad, están como recargados de sentido por la liturgia. Es el Oficio el que en gran parte expresa día tras día la entrega que aquellos quieren manifestar. Es él también, por otra parte, el que recuerda a la pureza de corazón que debe ser la castidad, su móvil más poderoso: la sed de ver a Dios. Es él que, frente a la majestad de Dios, nos hace recobrar conciencia de nuestra pobreza radical. Y es él también el que, confiriendo a la vida común su verdadero destino, recuerda a un mismo tiempo el sentido de la autoridad y de la obediencia y su verdadero clima.

Después de haber anotado más arriba que la liturgia de una comunidad es viva en la medida en que ésta es una creación en común, hay que añadir que no sólo dicha creación perdería su sentido sino que tendría la seguridad de caer en ruinas si se convirtiese en su propia finalidad, en su propio centro, El amor de una comunidad, así como el amor de una persona, sólo existe extravertido, expresado: la liturgia, por ser manifestación excelsa de esa expresión -con la hospitalidad bajo todas sus formas- le permite existir al amor fraterno y lo llama resueltamente a crecer en cuanto celebración del amor de Dios.

Cabe decir aquí que gracia inmensa es la regularidad del Oficio a través de la cual nos es posible una maduración, quizás imperceptible, del amor de Cristo en nosotros, ese ritmo que imprime la oración a la jornada monástica podrá ser una ascesis pero es ante todo una bendición y un privilegio que nos debe ayudar a ser humildes frente a los cristianos cuya vocación es diferente y cuya vida secular a menudo vuelve tan difícil la oración. Si la regularidad del Oficio es una gracia. la seguridad de que todos los hermanos estarán presentes a él -salvo casos de fuerza mayor- es otra, no menos grande, y otro de los privilegios de los monjes con respecto a la mayoría de las parroquias en nuestros días. Esta seguridad de poder contar siempre con la presencia unos de otros constituye una fuerza y confiere libertad interior respecto a la alabanza: es una manera de estimularse mutuamente a la oración.

Ya hemos consignado que la presencia de los huéspedes al Oficio de la comunidad plantea un complejo problema de hospitalidad litúrgica. Mas digamos también el apoyo que resultan para esa oración si los ayudamos a participar en ella. Al esperar de la comunidad monástica que los impulse y renueve en la oración, los huéspedes la renuevan a ella en su vocación litúrgica, la afianzan en su conciencia de la importancia del Oficio y de la seriedad gozosa que debe, necesaria y legítimamente, aportar a su celebración.

Oficio, liturgia: hemos empleado estos términos en sentido lato de oración en común. Pero no conviene olvidar nunca que la liturgia por excelencia es la eucaristía, punto central de referencia de todo Oficio, de toda oración. Y, no es acaso la eucaristía, en cuanto participación común al sacrificio de Cristo y comunión sacramental de todos en su cuerpo y en su sangre, momento y lugar capitales en que la comunidad fraterna se encuentra construida en Cristo y por Cristo para convertirse en su cuerpo en tal determinado lugar, y para crecer en el unísono de un solo corazón y un alma sola? Por lo tanto, es a partir de este inefable misterio que hemos de considerar al Oficio, en sentido lato, como fuente misteriosa, pero concreta y cuán poderosa, de energía espiritual, como un acto del Espíritu Santo creador de unidad, como una concentración y recapitulación de la comunidad en Cristo.

Es obvio que nada de esto se opera de modo mágico, sin que pongamos atención. Ya lo hemos considerado al reflexionar sobre la exigencia ilimitada de unidad y de amor fraterno que reclama el Oficio para ser auténtico. Pero podemos estar seguros de que la gracia de unidad y unanimidad de la cual es portadora la liturgia está a la altura de dicha exigencia. Y si el Oficio - singularmente en épocas de revisión de su forma- puede fácilmente convertirse en objeto de la mayor prueba para la paz de una comunidad, sigue siendo también y siempre el mayor medio por el cual Dios brinda su paz a esa comunidad. En la medida en que ésta, y cada uno de sus miembros, acepta no buscarse a sí mismo sino que desea servir únicamente para gloria de Dios en la alabanza más gratuita y más unánime posible, entonces, como por añadidura, ese servicio se vuelve el medio privilegiado por el cual la comunidad se construye en el amor y se desarrolla en la alegría.

Taizé. Francia